

hubo una época, bajo el reinado de Saturno, en que la tierra producía espontáneamente los alimentos necesarios para la subsistencia del hombre. Se nacía y se llegaba hasta viejo «en los campos paternos» (Séneca) y se «vivía como dioses, con el alma sin penas, bien lejos de dolor y fatigas» (Hesíodo).⁴

En esos tiempos:

Era eterna la primavera, y los apacibles céfitos acariciaban con sus tibios soplos a las flores nacidas sin semilla. También la tierra que no había sido labrada, producía mieses, y el campo, sin ser cultivado, se cubría con grávidas espigas (Ovidio).⁵

Porque, en la Edad de Oro:

No había puertas en las casas, y las mansas ovejas henchían con su leche tensas ubres. Época sin rencores, sin iras, sin ejércitos, sin armas (Albio Tíbulo).⁶

En realidad, en esa primera época de la humanidad todo parecía sencillo. Pero como ha recordado Isaac J. Pardo, al citar el libro sagrado del *Dilmun*, mil años antes que Grecia oyera los cantos de Homero, la civilización sumeria ya se refería a ese:

Otro tiempo en que hubo una época en que no había serpiente ni había escorpión, ni había hiena, ni había león; no había perro salvaje, ni lobo; no había miedo ni terror; el hombre no tenía rival.⁷

El hombre no sabía lo que eran el dolor ni la muerte, una certeza que repiten convencidos los griegos cuando afirman que en esa Edad de Oro no había trabajos penosos, los sufrimientos morales y físicos no existían y el reposo se prolongaba desde el nacimiento hasta la muerte. Incluso morir se era como dormirse «vencido por el sueño», como nos recuerda Hesíodo. La vida idílica y primitiva no provocaba necesidades de ningún tipo, tan abundante y tan al alcance de la mano estaba lo poco que se necesitaba para ser feliz. En la perspectiva clásica ya era evidente que el *deseo* y la necesidad son el resultado de la carencia o de la escasez, nunca del hartazgo o de la abundancia. Pero además, si no había conflictos ni violencia era porque cada ser humano estaba contento con lo que hacía y con lo que era: el secreto de la felicidad había consistido siempre en un saber contentarse con lo que se tiene.

Esta felicidad reaparece con similares características en el Paraíso terrestre de todas las religiones, una visión del Jardín del Edén que reitera las mismas notas de «un mundo dado» de una vez por todas y que no necesita, por lo tanto, ser cuestionado o cambiado por *otro*. La felicidad basada en la ausencia de *necesidades* y en la satisfacción de los deseos primordiales, adquiere notas hiperbólicas y populares en el país de la Cu-

⁴ Los trabajos y los días por Hesíodo (UNAM, México, 1979; pp. 4 a 6).

⁵ Las metamorfosis de Ovidio (I, versos 85-1159. Barcelona, 1972; p. 26). Antonio Antelo en el ensayo sobre «El mito de la Edad de Oro en las letras hispanoamericanas del siglo XV» (Thesaurus n.º 1, enero-abril 1975. Instituto Caro y Cuervo, Bogotá; p. 94) resalta la influencia que tuvo el texto de Ovidio entre los poetas, humanistas e historiadores del medioevo y cómo el mito se transmitió a América.

⁶ Elegía III por Albio Tíbulo en Antología de poesía latina (Instituto Caro y Cuervo, Bogotá, 1981; p. 89).

⁷ Citado por Isaac J. Pardo en Fuegos bajo el agua: la invención de utopía (Fundación La Casa de Bello, Caracas, 1982; p. 20). Pardo recuerda que también en la epopeya sumeria del Gilgamesh hay un suntuoso locus amoenus, el jardín de los dioses que «estaba rodeado de arbustos de piedras preciosas».

caña de la Edad Media, la Jauja del mundo hispánico, y se racionaliza en la Utopía renacentista. Mitos que, con todas sus variantes, repiten el *sustractum* de mundo *perfecto* y, por lo tanto, cerrado en sí mismo, que ya aparece en la Edad de Oro.

Este mismo *sustractum* puede reconocerse en los mitos de la sociedad contemporánea: la abundancia de bienes de consumo, la posibilidad de elegir libremente entre una variedad de productos cuya oferta debe siempre superar la demanda, la satisfacción de necesidades básicas, las sutiles incitaciones de la publicidad, la reducción progresiva del tiempo de trabajo, el ocio convertido en un derecho (a las vacaciones, al tiempo libre, la semana de cuarenta o menos horas de trabajo), las relaciones humanas simplificadas por un creciente igualitarismo y los proyectos de nuevas leyes sociales, generalmente calificadas de utópicas.

Pero si el mito sobrevive en la actualidad metamorfoseado en los signos que recuerdan, casi sin saberlo, sus virtudes más ostensibles, es bueno recordar que el principio en que se basaba la felicidad y la armonía de la Edad de Oro clásica, aquella que se ha perdido *illo tempore*, es el de la inmovilidad de un mundo que no debe cambiar porque ha sido fijado de una vez para siempre.

La inmovilidad como garantía del paraíso

El fundamento de la Edad de Oro es el de un *orden* que no se cuestiona porque es inherente a la naturaleza de las cosas. Un orden que básicamente es el de los ciclos de la naturaleza que marcan las estaciones del año y el ritmo de cosechas que se repiten en forma monótona, siguiendo las leyes divinas. El propio Séneca lo recordaría en la epístola que le envió a Lucilio: «Los primeros mortales, y quienes de ellos nacieron, seguían la naturaleza sin corrupción».⁸

Pero ese *orden natural* estaba además garantizado por la división del mundo en continentes comunicados entre sí por vastos mares y océanos. El caos anterior es el de una masa indiferenciada e informe. El frágil equilibrio de la Edad de Oro instaurada se garantiza gracias al principio de división del mundo, constante que reaparece en las cosmogonías de casi todas las religiones. Cronos, dios del tiempo, ordena y fija el mundo griego en el centro de tres continentes distribuidos a partir del *omphalos* del mar Mediterráneo, *Mare Nostrum* como lo llamarían luego gráficamente los romanos. Alrededor de ese mar se disponían «al modo de las ranas en las orillas de la charca» (Platón) los tres continentes: Asia (Asú, por donde sale el sol), Europa (Ereb, por donde el sol se oculta) y Africa (Afar, la seca, por donde el sol camina), que los griegos llamaban Libia.⁹ El mundo conocido tenía límites fijos: Sidón en Fenicia y el Ponto Euxino en

⁸ «Elogio de la filosofía», *Epístola XC a Lucilio*; Obras completas de Séneca (Aguilar, Madrid, 1966; p. 653). Séneca sitúa la Edad de Oro en Grecia, siguiendo la opinión de Posidonio, esa época en que «el poder estaba en manos de los sabios». Solón, que «estableció a Atenas en la equidad del derecho, fue uno de los siete sabios famosos», modelo ideal al que Pitágoras dio un orden y que habría de pasar a Sicilia y a «la Italia griega».

⁹ Estas tres regiones son algo más que pura geografía al aparecer el cristianismo. Están consagradas por alusiones religiosas y significados místicos, entre los cuales están la Santísima Trinidad, los tres hijos de Noé del cual derivan las tres razas humanas, los descendientes de Sem, Cam y Jafet, los tres Reyes Magos, la tiara pontificia y hasta el significado cabalístico del número tres.

el mar Negro hacia el este; las columnas de Hércules y el mar Tenebroso hacia el oeste, Tracia hacia el norte y Típpia y Abisinia al sur. El todo, simplificado en términos geométricos, es un disco plano cuyos bordes estaban formados por el río Océano que rodeaba las tres partes.

Para que esta visión del mundo superviva en el tiempo, el punto de vista debe mantenerse *inmóvil*, tal como lo explica el Coro de *Medea*:

Puros fueron los siglos que vieron nuestros padres, completamente libres de malicia. Tocando cada cual tranquilamente su propio litoral y llegando hasta viejo en los campos paternos, rico con poco, sin conocer más bienes que los que daba el suelo en que nació.¹⁰

Por su parte, Albio Tíbulo recuerda que la Edad de Oro era:

Una época sin igual, cuando la tierra no abría largas rutas, cuando el pino ahuecado no nada-ba desafiando los mares, ni el mercader se fiaba a los peligros por tierras ignoradas.¹¹

Se trata simplemente de nacer y de morir en los estrechos límites de «su propio litoral», de conformarse toda la vida con los bienes que da el suelo en que se ha nacido y, sobre todo, no conocer ni tener la *curiosidad* de conocer lo que está fuera del ámbito de la vida cotidiana.

La felicidad de la Edad de Oro está garantizada por el aislamiento y la auto-suficiencia, pero también por esa falta de *curiosidad* por lo que pudiera existir más allá de los límites del mundo inmediato. El razonamiento es, en principio, sencillo. Si las necesidades primordiales están satisfechas en el «propio litoral», no hay necesidad de buscar *nuevos mundos* fuera del solar nativo.

El aurea mediocritas y el pecado de navegar

Sin embargo, una existencia donde no hay nada de qué preocuparse conduce inevitablemente al aburrimiento y la mediocridad. Los propios poetas latinos que habían cantado loas a la Edad de Oro, hablaron del *aurea mediocritas*, esa *mediocridad dorada* que es el fantasma que amenaza a los satisfechos del mundo.

Como en el Paraíso Terrenal del *Génesis*, de donde fueron expulsados Adán y Eva, pese a tenerlo todo dado por el orden divino y natural de la creación, se sospecha que el hombre viviendo en la Edad de Oro debió ser tentado por un *fruto prohibido*. Tentación causada por la insatisfacción que da la plena satisfacción, valga la paradoja.

Sólo a partir de esta idea puede comprenderse por qué el hombre pudo dejar escapar un tiempo tan bienaventurado como el de la Edad de Oro. Para romper el círculo áureo que rodea el Paraíso había que aventurarse *más allá* de sus límites, aunque al sucumbir a la seducción de lo *nuevo* el hombre perdía conscientemente su condición *áurea* para ir degenerándose en las razas *argentea*, *broncea* y de *hierro*, como explicaría con precisión Hesíodo en un texto que fue clásico en la propia antigüedad griega. Tanto en Demócrito —en el *Diálogo* de Platón que explica el origen de la cultura a través del mito de Protágoras— como en Dicearco, Posidonio o en las referencias mitológicas a los poe-

¹⁰ *Medea*, op. cit., p. 306.

¹¹ Elegía III, op. cit.